

ROBIN WALL
KIMMERER



Una trenza de
HIERBA SAGRADA

*Saber indígena, conocimiento científico
y las enseñanzas de las plantas*

Capitán Swing®

Una trenza de
HIERBA SAGRADA

*Saber indígena, conocimiento científico
y las enseñanzas de las plantas*

ROBIN WALL KIMMERER

Traducción de
David Muñoz Mateos

Capitán Swing 

Prólogo

Extiende las manos. Te entrego aquí unas briznas de hierba sagrada recién cortada, unas hebras sueltas como cabellos recién lavados. Es apenas un manojito. Observa la punta verde con reflejos dorados y lustrosos y las franjas moradas y blancas en la base, a ras de tierra. Acércatelas a la nariz. ¿Notas la fragancia a vainilla y miel sobre el aroma a agua de río y tierra oscura? Ahí está la explicación de su nombre científico: *Hierochloe odorata*, la hierba sagrada olorosa.[1] En nuestro idioma se la conoce por *wiingaashk*, el cabello de dulce aroma de la Madre Tierra. No serás el primero que, al olerla, recuerde aquello que ignoraba haber olvidado.

Para hacer una trenza de hierba sagrada solo hay que atar uno de los extremos del manojito y separar el resto en tres partes. Si quieres que el trenzado quede terso y firme —que esté a la altura del don recibido—, hay que imprimirle cierta tensión. Debes tirar un poco, como sabe cualquier niña con las trenzas prietas. Puedes hacerlo por tu cuenta, atando un extremo a una silla o mordiéndolo con los dientes y trenzando en sentido contrario, distanciándote con cada movimiento, pero lo ideal es que una persona

agarre el otro extremo y que ambos hagáis fuerza en direcciones opuestas, inclinados sobre la hierba, frente a frente, mientras habláis y reís y contempláis el trabajo de las manos del compañero. Uno agarra fuerte y el otro va pasando uno de los tres mechones de hierba por encima del anterior. A través de la hierba sagrada se genera una forma de reciprocidad. El que sujeta importa tanto como el que teje. La trenza cada vez es más fina, hasta que no quedan más que tres briznas de hierba, dos, una, y entonces haces un nudo.

¿Sujetarías el extremo del manojo? La hierba sagrada conecta nuestras manos. ¿Podemos colaborar para hacer una trenza en honor a la tierra? Después seré yo la que sujete y tú trenzarás.

Podría regalarte una trenza de hierba sagrada tan fuerte y brillante como la que caía sobre la espalda de mi abuela. Lo que sucede es que, en realidad, no me pertenece y tú tampoco puedes aceptarla. La *wiingaashk* solo se pertenece a sí misma. En su lugar, lo que te ofrezco aquí es un trenzado de historias que buscan restablecer la salud de nuestra relación con el mundo. Está tejido con tres ramales: los saberes indígenas, el conocimiento científico y la vida de una investigadora anishinabekwe que intenta conjugar ambos y ponerlos al servicio de lo que más importa. Se trata de imbricar la ciencia, el espíritu y los relatos: viejos relatos y nuevos relatos que puedan ser remedios para nuestra relación con la tierra, rota; una farmacopea de historias sanadoras que nos permitan imaginar una relación diferente donde la gente y la tierra se cuiden y sanen su dolor mutuamente.

[1] Dado que no se trata de una especie extendida en ámbitos geográficos castellanoparlantes, no existe un nombre común generalizado para *Hierochloe odorata*. Algunos de los que se utilizan son *hierba de búfalo*, *hierba bisonte*, *hierba dulce*, *hierba santa*, *hierba sagrada*. Hemos optado por este último en referencia a su condición entre los pueblos nativos americanos y a la etimología griega de su nombre científico. (*N. del T.*)

Una trenza de
HIERBA SAGRADA

*Saber indígena, conocimiento científico
y las enseñanzas de las plantas*

Para todos los Guardianes del Fuego

mis padres

mis hijas

y mis nietos

que aún han de reunirse con nosotros
en este hermoso lugar

Plantar HIERBA SAGRADA

Para plantar hierba sagrada, lo mejor es poner las raíces directamente en la tierra, en vez de sembrar las semillas. De ese modo, la planta pasa de la mano a la tierra, y de nuevo a la mano, a lo largo de años, de generaciones. Su hábitat preferido son las praderas soleadas y húmedas. También las lindes, los márgenes modificados por la acción del hombre.

La caída de Mujer Celeste

En invierno, cuando la verde tierra descansa bajo un manto de nieve, llega el momento de las historias. Los narradores han de invocar, antes de dar comienzo a su historia, a aquellos que vinieron antes que nosotros y nos las transmitieron. No somos más que mensajeros.

En el origen existía el Mundo del Cielo.

Cayó como cae una semilla de arce, dibujando una pirueta en la brisa otoñal.[2] De una abertura en el Mundo del Cielo surgió un haz de luz, que le indicó el camino allí donde antes solo había oscuridad. Tardó mucho tiempo en caer. Traía un paquete en el puño cerrado.

Mientras se precipitaba, no veía más que una oscura extensión de agua. Un vacío en el que, sin embargo, había muchos ojos, fijos en el chorro inesperado de luz. Vieron algo muy pequeño, una mota de polvo en el rayo. Según se acercaba, observaron que era una mujer, con los brazos estirados y una larga melena oscura extendiéndose a su espalda, que se dirigía hacia ellos dibujando una espiral.

Los gansos se miraron y se hicieron una señal y levantaron el vuelo en una algarada de música ansarina. La mujer sintió el batir de alas que trataba de amortiguar su caída. Lejos del único hogar que había conocido, aguantó la respiración y se dejó envolver por las plumas suaves y cálidas que acompañaban su caída. Y así comenzó.

Los gansos no podían aguantar a la mujer sobre el agua mucho tiempo, por lo que convocaron una reunión para decidir qué habría de hacerse. Ella, sobre las alas de los gansos, vio cómo se acercaban todos: colimbos, nutrias, cisnes, castores, toda clase de peces. En el centro se colocó una inmensa tortuga y le ofreció el caparazón para que descansara. Agradecida, pasó de las alas de los gansos a la superficie abovedada de su espalda. Todos los animales presentes comprendieron que la mujer necesitaba tierra para crear su hogar y debatieron la manera de ayudarla. Los grandes buceadores habían oído hablar del cieno en el fondo del agua y decidieron ir a buscar un poco.

Colimbo fue el primero, pero el fondo estaba demasiado lejos y al cabo de un rato regresó a la superficie sin recompensa a sus esfuerzos. Uno tras otro, el resto de los animales lo intentaron —Nutria, Castor, Esturión—, pero la profundidad, la oscuridad y la presión eran obstáculos demasiado grandes hasta para el mejor de los nadadores. Volvían faltos de aire y con un pesado zumbido en la cabeza. Algunos no regresaron. Muy pronto, solo quedó la pequeña Rata Almizclera, la que peor buceaba de todos. Ella también se presentó voluntaria, ante la escéptica mirada de los demás. Al sumergirse, le temblaban las patitas. Pasó mucho tiempo bajo el agua.

Todos esperaron y esperaron a que regresara, temiendo un terrible desenlace para su hermana, hasta que vieron emerger un chorro de burbujas junto al pequeño cuerpo inerte de Rata Almizclera. Había dado su vida para ayudar a una pobre humana. Entonces observaron que tenía algo agarrado con fuerza. Le abrieron la patita y en ella había un poco de tierra de las profundidades. «Ven, ponla sobre mi espalda y yo la sostendré», dijo Tortuga.

Mujer Celeste se agachó y con sus manos extendió el lodo sobre el caparazón de Tortuga. Conmovida por los extraordinarios obsequios que le entregaban los animales, entonó un canto de agradecimiento y empezó a bailar, y sus pies acariciaban el cieno. Este creció y creció, extendiéndose gracias a la danza, y de la pizca de barro que había sobre el caparazón de Tortuga se formó toda la tierra. No solo por obra de Mujer Celeste, sino por la conjunción alquímica de su profunda gratitud y los dones de los animales. Juntos formaron lo que hoy conocemos como Isla Tortuga, nuestro hogar.

Como todo buen huésped, Mujer Celeste no venía con las manos vacías. Conservaba aún el paquete en la mano. Antes de caer por el agujero del Mundo del Cielo, se había agarrado al Árbol de la Vida, que crecía allí, y había traído consigo algunas de sus ramas: frutos y semillas de toda clase de plantas. Las repartió sobre la nueva tierra y cuidó de todas ellas hasta que el color de la tierra pasó de marrón a verde. La luz del sol manaba a través del agujero en el Mundo del Cielo y permitió que las semillas germinaran y crecieran. Por todas partes se extendieron hierbas, flores, árboles y plantas medicinales. Y muchos

animales, ahora que tenían abundante comida, vinieron a vivir a Isla Tortuga.

Cuentan nuestras historias que, de todas las plantas, la *wiingaashk*, o hierba sagrada, fue la primera que creció sobre la tierra, que su dulce olor conserva el recuerdo de la mano de Mujer Celeste. Por eso es una de las cuatro plantas sagradas de mi pueblo. Su aroma nos devuelve los recuerdos que habíamos olvidado. Dicen los ancianos que las ceremonias existen para que «nos acordemos de recordar», y la hierba sagrada es una planta ceremonial muy apreciada entre numerosas naciones indígenas. También sirve para tejer hermosas cestas. Es un remedio medicinal y es pariente del ser humano; su valor es tanto material como espiritual.

Trenzar el pelo de una persona querida es un acto de inmensa ternura. Pero entre quien trenza y a quien le hacen la trenza no solo fluye el afecto. La *wiingaashk* también se comba, obedece a sus propias ondulaciones, larga y brillante como el cabello recién lavado de una mujer. Y por eso decimos que se trata del pelo de la Madre Tierra. Cuando trenzamos la hierba sagrada, estamos trenzando el cabello de la Madre Tierra. Le otorgamos nuestra más afectuosa atención, nos preocupamos por su belleza y bienestar, en señal de gratitud por todo lo que nos ha dado. Aquellos niños que nunca dejaron de escuchar la historia de Mujer Celeste sienten en lo más hondo de su ser la responsabilidad que fluye entre el ser humano y la tierra.

La historia del viaje de Mujer Celeste es tan exuberante, tan pródiga, que se me asemeja a un gran cuenco de azul celestial del que podría beber sin cansarme. Es la base de

nuestras creencias, de nuestra historia, de nuestras relaciones. Contemplo ese cuenco estrellado y veo imágenes mezclarse, veo el pasado y el presente fundirse. Las imágenes de Mujer Celeste no nos hablan solo del lugar del que venimos, también de cómo seguir adelante.

En la pared del laboratorio tengo colgado el retrato de Mujer Celeste realizado por Bruce King, *Moment in Flight* (Momento en el vuelo). Está cayendo a la tierra con flores y semillas en las manos. En su caída, contempla mis microscopios y registradores de datos. Tal vez parezca una yuxtaposición extraña, pero yo creo que es el lugar que le corresponde. Como escritora, científica y transmisora de la historia de Mujer Celeste, me sitúo a los pies de mis antepasados, escuchando sus cantos.

Los lunes, miércoles y viernes, a las 9:35 de la mañana, suelo hablar de botánica y ecología en un aula de la universidad. Intento explicar a los estudiantes cómo funcionan los jardines de Mujer Celeste, eso que algunos conocen por el nombre de «ecosistemas globales». Una mañana, en clase de Ecología General, les entregué una encuesta donde pedía a mis alumnos su opinión sobre las interacciones posibles entre los humanos y el medio ambiente. Casi la totalidad de los doscientos alumnos aseguraron que, para ellos, los humanos y la naturaleza son una mala combinación. Eran estudiantes de tercer año que habían decidido dedicarse a la protección del medio ambiente, por lo que sus respuestas, en cierto sentido, no me sorprendieron. Todos conocían las causas del cambio climático, de las toxinas en la tierra y el agua, de la desaparición de los hábitats. En la encuesta les pedía

también que considerasen qué impactos positivos veían en la relación entre la gente y la tierra. La respuesta promedio fue «ninguno».

Me quedé de piedra. ¿Tras veinte años de educación no eran capaces de decirme un solo beneficio mutuo entre el ser humano y el entorno? Tal vez los ejemplos negativos que observaban cada día —las antiguas zonas industriales, las explotaciones intensivas de ganado, la expansión urbana— les habían arruinado la capacidad de ver los posibles efectos positivos de la relación. Conforme se deterioraba el territorio en que vivían, se les atrofiaba la percepción. Al comentarlo después de clase, observé que ni siquiera eran capaces de imaginar qué relaciones beneficiosas pueden darse entre nuestra especie y las demás. ¿Cómo vamos a encaminarnos hacia la sostenibilidad ecológica y cultural si somos incapaces de concebir el camino que hemos de tomar? ¿Si no podemos imaginar la generosidad de los gansos? A ninguno de estos estudiantes lo habían educado en la historia de Mujer Celeste.

En un lado del mundo estaba el pueblo cuya relación con la vida en la tierra estaba modelada por Mujer Celeste, que creó un jardín para el bienestar de todas las criaturas. En el otro lado también había un jardín y un árbol y una mujer que, al comer uno de los frutos, fue expulsada, y las puertas del jardín se cerraron para siempre detrás de ella. El destino de esta madre de los hombres no fue llenarse la boca con el dulce jugo de las frutas que doblaban las ramas de los árboles, sino la condena a vagar por tierras áridas y

a ganarse el pan con el sudor de su frente. Para sobrevivir, tenía que someter el mundo al que la habían arrojado.

Misma especie y misma tierra, pero historias diferentes. Los relatos cosmológicos y cosmogónicos han constituido siempre, en todas las culturas, una fuente de identidad y un acervo de orientaciones. Nos dicen quiénes somos. Inevitablemente, nos conforman, aunque lo hagan en niveles de conciencia prácticamente irreconocibles de tan sutiles. Un relato abre el camino de la generosa aceptación de toda forma de vida; el otro nos conduce al destierro. Una de las mujeres es la jardinera ancestral, creadora del bello y benigno mundo verde en el que nacerán sus descendientes. La otra fue una exiliada, de paso por una tierra extraña cuyos arduos caminos la llevaban a su verdadero hogar, en el cielo.

Y entonces se encontraron —los descendientes de Mujer Celeste y los hijos de Eva— y esta tierra aún conserva las cicatrices del encuentro, los ecos de nuestras historias. Se dice que no hay furia en el infierno como la ira de una mujer herida, y puedo imaginarme la conversación entre Eva y Mujer Celeste: «Hermana, creo que te llevaste la peor parte...».

Todos los pueblos nativos de la región de los Grandes Lagos comparten la historia de Mujer Celeste, una estrella constante en esa constelación de enseñanzas que llamamos «Instrucciones Originales». Estas no son «instrucciones» en el sentido de mandamientos o reglas. Conforman, más bien, una especie de brújula, una serie de orientaciones, pero no un mapa. Es la existencia de cada individuo la que dibuja el mapa. En eso consiste vivir. La forma de

contemplar las Instrucciones Originales será única y diferente para cada tiempo y cada persona.

En su época de esplendor, los pueblos nativos de Mujer Celeste vivían según su propia interpretación de las Instrucciones Originales, de acuerdo a unos principios éticos adaptados al entorno, que imprimían cuidado y esmero en las ceremonias, en la vida familiar o en las prácticas de caza. Unos valores de respeto que no parecen encajar en el mundo urbano actual, en el que «verde» es un eslogan publicitario y no la descripción de una pradera. Los bisontes han desaparecido y el mundo se ha olvidado de ellos. No puedo hacer que vuelvan los salmones al río y mis vecinos darían la voz de alarma si le prendiera fuego al jardín para obtener pastos para los alces.

La Tierra era nueva entonces, cuando acogió al primer ser humano. Ahora se ha vuelto vieja y somos muchos los que creemos que hemos abusado de su hospitalidad por olvidar las Instrucciones Originales. Desde el origen del mundo, el resto de las especies han sido el salvavidas de la humanidad; ahora nos toca a nosotros salvarlas a ellas. Sin embargo, las historias por las que deberíamos guiarnos se desvanecen en vagos recuerdos, si es que hemos tenido la oportunidad de escucharlas. ¿Qué sentido podrían tener en la actualidad? ¿Cómo podemos aplicar hoy los relatos que hablan del nacimiento del mundo, cuando estamos más próximos a su final? El territorio ha cambiado, pero la historia es la misma. No dejo de pensar en Mujer Celeste, que parece mirarme a los ojos y preguntarme qué voy a entregar a cambio del don que he recibido, del mundo sobre las espaldas de Tortuga.

Nunca está de más recordar que la mujer original era una inmigrante. Se precipitó desde su hogar en las alturas del Mundo del Cielo y dejó atrás a cuantos la conocían y la apreciaban; que nunca pudo regresar. Desde 1492, la mayoría de los que residen aquí también son inmigrantes, y puede que al divisar la isla de Ellis ni siquiera sean conscientes de que están desembarcando en el caparazón de una tortuga. Algunos de mis antepasados eran del pueblo de Mujer Celeste, al que yo pertenezco. Otros fueron de una clase distinta de inmigrantes: un comerciante de pieles francés, un carpintero irlandés, un granjero de Gales. Y aquí estamos todos, tratando de levantar un hogar en Isla Tortuga. Ellos recuerdan también un viaje a un mundo nuevo sin nada en los bolsillos, un relato en el que resuena el viaje de Mujer Celeste. Ella también llegó con solo unas cuantas semillas y el exiguo consejo de «utilizar sueños y dones para hacer el bien». Es la indicación que todos hemos recibido. Mujer Celeste aceptó los dones del resto de las criaturas con las manos abiertas y los utilizó con honor. Compartió con ellas cuanto traía del Mundo del Cielo y se dedicó a cuidarlo, a crear un hogar.

Todos, siempre, estamos cayendo. Puede que sea por ese motivo que la historia de Mujer Celeste nos sigue cautivando. Nuestras vidas, las personales y las colectivas, comparten su trayectoria. Después de saltar o de que nos empujen o de que el límite del mundo conocido se desmorone bajo nuestros pies, nos precipitamos, girando hacia lo ignoto, lo inesperado. Tenemos miedo a caer. Los dones del mundo aguardan para sostenernos.

Al reflexionar sobre estas instrucciones, es bueno recordar que Mujer Celeste, cuando cayó al mundo, no venía sola. Estaba embarazada. Sabiendo que sus nietos heredarían el mundo, procuró que los beneficios de sus cuidados se prolongasen más que su propia estancia en él. Los inmigrantes se volvieron indígenas en la relación de reciprocidad con la tierra, en el dar y el recibir. Todos nosotros nos volvemos nativos de un lugar cuando actuamos como si el futuro de nuestros hijos importara, cuando cuidamos de la tierra como si nuestras vidas, las materiales y las espirituales, dependieran de ello.

He escuchado contar la historia de Mujer Celeste como si no fuera más que un pintoresco retazo de «folclore». Pero el poder del relato sigue ahí, incluso cuando se malinterpreta. La mayoría de mis estudiantes nunca han oído la historia del origen de la tierra en que nacieron, pero se les enciende la mirada cuando se la cuento. ¿Logran ver en la historia de Mujer Celeste no un artefacto del pasado, sino una serie de instrucciones para el futuro? ¿Lo conseguimos el resto? ¿Puede una nación de inmigrantes seguir su ejemplo una vez más, hacerse nativa, crear un hogar?

Observa el legado de la pobre Eva y su exilio del Edén: en la tierra están grabadas las marcas de una relación abusiva. Y no solo en la tierra; también, más importante, en nuestra relación con ella. En palabras de Gary Nabhan, no habrá reparación, no habrá restauración, sin «re-historiación». Es decir, la herida de nuestra relación con la tierra no sanará hasta que no escuchemos sus relatos. Ahora bien, ¿quién puede contarlos?

La tradición occidental reconoce una jerarquía para las criaturas, en la que, por supuesto, el ser humano está en la cima —la cúspide de la evolución, el niño mimado de la Creación— y las especies vegetales en la base. Sin embargo, en los saberes indígenas el ser humano es «el hermano pequeño de la Creación». La criatura que menos experiencia tiene de la vida y, por tanto, que más debe aprender del resto de las especies, que son las maestras que nos guían. Estas transmiten sabiduría a través de la manera en que viven. Enseñan con el ejemplo. Llevan aquí mucho más tiempo que nosotros y, por tanto, han podido comprender más y mejor. Viven por encima y por debajo de la tierra, unen esta con el Mundo del Cielo. Las plantas son capaces de utilizar la luz y el agua para crear alimentos y medicinas. Después, nos los entregan.

Me gusta pensar que cuando Mujer Celeste dispersó sus semillas por Isla Tortuga, se disponía a sembrar sustento para el cuerpo y para la mente, para la emoción, para el espíritu. Nos ofreció maestros de los que aprender a vivir. Las especies vegetales pueden contarnos su historia. Ahora nos toca a nosotros aprender a escuchar.

[2] Adaptación a partir de la tradición oral y Shenandoah y George, 1988.

La asamblea de los pacanos

Hace calor y la luz reverbera sobre la hierba. El aire ha adquirido tonos blanquecinos, se nota denso. No dejan de escucharse los chirridos de las cigarras. Han pasado todo el verano descalzos, y ahora, en septiembre del año 1895, los rastros secos se les clavan en los pies mientras corren bajo el sol por la llanura, levantando los talones como si bailaran la danza de la hierba. Solo llevan una vara joven de sauce y unos pantalones desgastados, atados con una cuerda; se les marcan las costillas en el pecho estrecho, en la piel oscura. Ponen rumbo a la sombra de la arboleda, donde la hierba es más suave y fresca, y se dejan caer sobre ella con el repentino abandono propio de los niños. Tras descansar unos segundos, se levantan y capturan varios saltamontes para utilizarlos como cebo.

Las cañas de pescar están donde las dejaron, apoyadas contra un viejo álamo. Ensartan los saltamontes en los anzuelos y lanzan el cordel, mientras el barro del fondo del arroyo rezuma y les refresca los dedos de los pies. En el mísero canal que ha dejado la sequía apenas corre el agua. Los únicos que pican son los mosquitos. La posibilidad de

cenar pescado esta noche empieza a desvanecerse, todo lo contrario que el hambre. Parece que no habrá más que panecillos y salsa de jamón cocido para cenar. Otra vez. No les gusta volver a casa con las manos vacías, creen que decepcionan a mamá, pero hasta un panecillo seco sirve para engañar al estómago.

Aquí, a lo largo del río Canadian, en el centro de los Territorios Indios, la tierra es una inmensa llanura con algunas arboledas en las zonas bajas, cerca de los cursos de agua. Gran parte del terreno nunca se ha labrado, pues nadie dispone de arado. De sombra en sombra, los niños remontan el curso del riachuelo hasta su casa en las tierras adjudicadas, esperando encontrar alguna poza profunda, sin éxito. Entonces, uno de los niños se golpea el dedo del pie contra algo parecido a una pelota, verde y muy dura, escondida entre las hierbas.

A su lado hay otra, y otra, y otra. Tantas que casi no encuentra sitio para apoyar el pie. El niño coge una y la lanza entre los árboles hacia su hermano, como si fuera una bola rápida de béisbol, gritando: «¡*Piganek!* ¡Nos las llevamos a casa!».

Hace muy poco que han empezado a madurar y caer, pero ya alfombran la hierba. Los niños se llenan los bolsillos en un santiamén y hacen una enorme pila con las demás. Las pacanas son un buen alimento, pero son difíciles de transportar: es como intentar llevarse un montón de pelotas de tenis juntas. Cuantas más recoges, más se te caen. Ellos no quieren volver a casa con las manos vacías. Mamá se pondría tan contenta al verlos llegar con las nueces, pero solo pueden cargar unas cuantas...

El calor remite un poco cuando el sol se hunde y el aire del atardecer se asienta sobre las tierras bajas, el suelo está lo suficientemente fresco como para correr a casa a por la cena. Mamá pega cuatro gritos y los niños vienen corriendo, disparadas sus piernas flacuchas y los calzones blancos brillando momentáneamente en la débil luz. Desde lejos parece que cada uno va cargado con un gran tronco en forma de Y sobre los hombros, una especie de yugo. Lo tiran al suelo con un gesto de triunfo: dos pares de pantalones desgastados, atados por abajo con un cordel, rebosantes de nueces.

Uno de esos niños escuchimizados era mi abuelo, que vivía en una casucha en las llanuras de Oklahoma, cuando estas eran aún «Territorio Indio» —justo antes de que el territorio desapareciera—, y que iba siempre con tanta hambre que recogía alimentos de donde fuera. De por sí, la vida es impredecible, y aún tenemos menos control sobre las historias que contarán de nosotros cuando nos hayamos ido. Al Abuelo le daría un ataque de risa si supiera que sus bisnietos no le recuerdan como veterano condecorado de la Primera Guerra Mundial o como hábil mecánico capaz de arreglar los coches más modernos, sino por la anécdota de un niño descalzo que vivía en una reserva india y corría de vuelta a casa en calzoncillos porque llevaba los pantalones llenos de nueces de pacano.

El término *pacana* —el fruto del árbol conocido como *pacano* (*Carya illinoensis*)— procede de las lenguas indígenas. *Pigan* significa «nuez». Cualquier nuez. Teníamos palabras propias para los nogales que crecían más al norte, donde había estado nuestro hogar, pero

cuando nos expulsaron del territorio, nos arrebataron también los árboles, los nogales blancos, los nogales del pantano y los nogales americanos. Los colonos codiciaban las tierras alrededor del lago Míchigan y nos echaron de allí a punta de pistola, en las largas columnas que se conocerían como el «Camino de la Muerte». Nos condujeron a un lugar nuevo, nos separaron de nuestros lagos y bosques. Vinieron otros que también deseaban ese nuevo lugar, así que volvimos a levantar el campamento, cada vez más pequeño. En el espacio de una sola generación, mis antepasados fueron «desplazados» tres veces: de Wisconsin a Kansas, con varias escalas en el camino y, por último, a Oklahoma. Me pregunto si se dieron la vuelta para observar por última vez los lagos, el brillo del agua, como el de un espejismo. Eran conducidos por extensiones de hierba en las que cada vez había menos árboles. ¿Los acariciaban, quizá, al pasar por allí, acordándose de otros árboles?

Cuánto se perdió y se olvidó en ese camino. Las tumbas de la mitad de la población. Lenguas. Saberes. Nombres. Mi bisabuela, Sha-note, «El Viento Que Atraviesa», fue rebautizada como Charlotte. Los nombres que los misioneros o los soldados no eran capaces de pronunciar estaban prohibidos.

No me cabe duda de que respiraron aliviados cuando llegaron a Kansas y encontraron bosques de nogales junto a los ríos. Daban un tipo de nuez que no conocían, pero abundaban y el fruto era sabroso. Como no tenían nombre para el nuevo alimento, lo llamaron, simplemente, nuez — *pigan*—, de donde derivó *pecan* en inglés, *pacana*.

Únicamente hago tarta de pacana en Acción de Gracias, cuando somos suficientes para acabarla. La verdad es que no me gusta especialmente. La hago en señal de respeto hacia el árbol. Alimentar a los invitados sentados a la mesa con su fruto me hace pensar en la bienvenida que les dieron los árboles a nuestros antepasados cuando se sentían solos y cansados y tan lejos de su hogar.

Tal vez aquellos niños volvieron a casa sin pescado para la cena, pero lo que trajeron contenía casi tantas proteínas como una cordada de siluros. Las nueces son los peces del bosque, una fuente de proteína y grasa, «la carne de los pobres». Ellos eran pobres. Hoy las comemos con mucho más cuidado, tostándolas, quitándoles la cáscara, pero en aquella época las hervían para preparar gachas. La grasa emergía a la superficie, como en una sopa de pollo, y ellos la apartaban. La guardaban para el invierno. Era un buen alimento, rico en calorías y vitaminas, que es todo lo que hace falta para sobrevivir. El sentido último de las nueces es ese, al fin y al cabo: darle al embrión cuanto necesita para empezar una nueva vida.

* * *

El nogal blanco, el nogal del pantano, el nogal americano y el pacano son miembros íntimamente relacionados de la misma familia (*Juglandaceae*). Nuestro pueblo los llevó consigo a todas partes, aunque no solían transportar el fruto en los pantalones, sino en cestos. Hoy los pacanos pueblan las fértiles riberas donde ellos se asentaron, siguiendo el curso de los ríos a través de las grandes llanuras. Mis vecinos haudensaunes cuentan que a sus

antepasados les gustaban tanto los nogales blancos que en la actualidad sirven para conocer el emplazamiento de antiguos poblados. Como era de esperar, hay un bosquecillo de nogales blancos, muy escasos en los bosques «naturales», en la colina de la que procede el arroyo que pasa junto a mi casa. Todos los años quito las hierbas que crecen junto a los árboles más jóvenes y los riego si la lluvia tarda en llegar. Para continuar recordando.

Un pacano da sombra a lo que queda de la antigua casa familiar en los terrenos adjudicados de Oklahoma. Imagino a mi abuela recogiendo nueces, imagino una nuez rodando hasta el umbral de la puerta. Dándome la bienvenida. Tal vez ella plantara varios nogales en el jardín para saldar la deuda.

Pienso en el viejo relato de mi abuelo y se me ocurre que los niños hicieron muy bien en llevarse a casa todas las nueces que pudieron recoger. Estos nogales no dan fruto todos los años. Producen a intervalos impredecibles. Hay años de abundancia entre varios de carestía, un ciclo de auge y escasez conocido como «vecería». Las nueces, los frutos secos en general, no son como el resto de las frutas jugosas y de los frutos silvestres, que pueden comerse inmediatamente y que casi parecen invitarnos a ello con su apariencia, para no estropearse, sino que están protegidos con una cáscara dura como una piedra y una corteza exterior verde, de una textura similar a la del cuero. El nogal no te anima a que te empapes del jugo de sus frutos. Es un alimento diseñado para el invierno, cuando se necesitan las calorías que proporcionan sus grasas y proteínas para mantener la temperatura corporal. Son un

salvavidas en momentos de emergencia, el embrión de la supervivencia. El premio es tan valioso que ha de guardarse en una cámara doblemente acorazada, una caja dentro de otra caja. Así se protege el embrión y su reserva de alimentos y se garantiza que el fruto esté siempre a buen recaudo.

La cáscara no es fácil de abrir. La ardilla que se quedara a roerla en campo abierto, donde cualquier halcón u otra rapaz pudieran verla, no sería muy inteligente. Las nueces están hechas para esconderlas, para guardarlas en la madriguera o en la bodega de una casucha de Oklahoma. Para más adelante. Como ocurre con todos los tesoros escondidos, siempre hay alguna que se extravía, olvidada. Y, entonces, nace un árbol.

Para que las especies veceras tengan éxito y produzcan nuevos bosques, cada árbol tiene que dar grandes cantidades de nueces, tantas que los diversos recolectores de semillas no den abasto. Si un árbol produjera solo unas pocas semillas cada año, estos se comerían todas y entonces no habría nuevas generaciones de pacanos. Y dado el alto valor calórico de las nueces, los árboles no pueden permitirse una gran producción anual: tienen que ahorrar energía, reservarse, igual que hacen las familias antes de una fecha señalada. Los árboles veceros dedican varios años a producir azúcar y, en lugar de gastarla poco a poco, la esconden bajo el colchón, como se suele decir; almacenan calorías en las raíces en forma de almidón. Solo el año en que hubo superávit mi abuelo pudo llevarse a casa unos cuantos kilos de nueces.

Este ciclo de auge y escasez es el terreno en que los fisiólogos vegetales y los biólogos evolutivos formulan sus hipótesis. Según los ecólogos forestales, la vecería no es más que el resultado de esa ecuación energética: los árboles producen frutos solo cuando pueden permitírselo. Tiene sentido. Ahora bien, los árboles crecen y acumulan calorías a una velocidad diferente en función del hábitat. Lo que significaría que, igual que algunos colonos obtuvieron tierras más fértiles, los árboles más afortunados se enriquecerían rápidamente y darían frutos con más frecuencia, mientras que sus vecinos pasarían apuros y tardarían años en reproducirse, limitando las temporadas de abundancia. Si esto fuera cierto, cada árbol tendría su propio ritmo y su propio ciclo, predecible por la cantidad de almidón acumulado en las raíces. Sin embargo, tampoco funciona así. Si un árbol da frutos, todos dan frutos. Aquí no hay solistas. Un árbol nunca va por libre: va con la arboleda. Una arboleda nunca va por libre: va con el bosque. Y todos los bosques del condado y todos los bosques del estado producen a la vez. Los árboles no se comportan como individuos, sino, en cierto sentido, como un colectivo. No sabemos exactamente por qué. Lo que sí vemos es la fuerza de la unión. Lo que le sucede a uno nos sucede a todos. Podemos pasar hambre juntos o saciarnos juntos. El florecimiento siempre es mutuo.

En el verano de 1895, las pacanas llenaban las bodegas bajo tierra de las casas en los Territorios Indios. También los estómagos de los niños y las ardillas. Ese momento de abundancia era un regalo para la gente, que tenía a su disposición grandes cantidades de alimento y solo tenía que

levantarlo del suelo. Siempre, claro, que fueras más rápido que las ardillas. Y si no lo eras, podías consolarte pensando en los guisos de ardilla que comerías en invierno. La generosidad del bosque es múltiple. La prodigalidad mutua podría parecer incompatible con el proceso de la evolución, que se aferra a la supervivencia individual, pero es un error separar en este proceso el bienestar individual de la salud del conjunto. La abundancia de pacanas es también un don para ellas mismas. Cuando sacian tanto a las ardillas como a la gente, los árboles aseguran su propia supervivencia. Los genes que establecen este ritmo de producción se transmiten de una generación a la siguiente en corrientes evolutivas, mientras que aquellos individuos que no pueden participar son devorados y su genética desemboca en un callejón sin salida. Del mismo modo, solo aquellos que saben leer la tierra para encontrar nueces y transportarlas a la seguridad del hogar sobrevivirán a las nieves de febrero y pasarán ese comportamiento a su progenie, no por transmisión genética, sino mediante prácticas culturales.

Los científicos forestales utilizan la hipótesis de la saciedad del depredador para explicar la generosidad de las especies veceras. Se trataría de lo siguiente: cuando los árboles producen más de lo que las ardillas pueden comer, algunas nueces se salvan de la depredación. Del mismo modo, cuando las despensas de las ardillas están llenas de nueces, las hembras satisfechas tienen más crías en cada camada y la población de ardillas se dispara. Lo que significa que los halcones tienen más crías y que las madrigueras de los zorros también están llenas. Hasta que